

La Rábida antes de la actual restauración.

## EL CONVENTO DE LA RÁBIDA

CON el título de «Un viaje á la Rábida», se ha publicado en la pág. 15 del presente volumen, un notable artículo escrito con la elegancia que sabe hacerlo, por el reputado académico D. Víctor Balaguer, que á su perspicaz investigación histórica reúne las hermosas y envidiables condiciones de la rica fantasía del poeta. Atrevimiento pudiera parecer, que después de haberse ocupado en tan importante estudio el poeta historiador de Cataluña, pretendiera yo escribir sobre el mismo tema, pero como es diverso el propósito que me guía, no he de caer en censura por este trabajo, encaminado á dar á conocer aquel edificio inmortalizado por Colón, más en su aspecto histórico y de crítica artística, que en lo que dice relación á los recuerdos que guardaba de modernas generaciones de viajeros, que en diversas épocas lo visitaron, recuerdos que constituyen el principal propósito desarrollado, de la magistral manera que acostumbra, por el incomparable fundador de la Biblioteca—Museo de Villanueva y Geltrú. En algo habrán de encontrarse analogías entre ambos trabajos, sobre todo en lo que á leyendas y tradiciones se refiere, pero como esto no forma la base de nuestro estudio, puede asegurarse que resultarán diversos uno y otro artículo, sin más relación entre ellos que las indispensables por ser uno mismo el asunto de que en ambos se trata, que es el estudio de aquel modesto edificio, llamado á ser lugar de peregrinación de sabios, poetas y *touristas*, que de todos los puntos del globo acudirán á aquel pobre retiro de frailes franciscanos, de donde irradió la luz que había de presentar, iluminada por la Providencia, más de la mitad de nuestro planeta, oculto á las miradas de los hombres por las cerradas y temidas nieblas del *mar tenebroso*.

Pocos son los datos que la investigación nos ofrece acerca de la historia de aquel

monumento ni del nombre que lleva, investigación en que nos han precedido además del ya citado D. Víctor Balaguer, el docto poeta Rodrigo Caro, en su conocida *Chorografía*, el anónimo autor de un manuscrito que se supone redactado por los religiosos franciscanos de aquella antigua casa en 1714, el inolvidable D. José Amador de los Ríos en un artículo, que con el título de «*La Rábida*», publicó en el *Semanario Pintoresco Español* el año de 1849, Madoz en su *Diccionario*, Santamaría en su obra intitulada *Huelva y la Rábida*, el erudito y sabio historiador de Colón, D. J. Asensio y las recientes obras del docto franciscano P. Coll, en su primera y segunda edición, y del digno sucesor del antiguo y reputado autor de la *Historia de la literatura española*, D. Rodrigo Amador de los Ríos, que en su reciente monografía de Huelva, publicada en la conocida obra que lleva por título *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*, ha demostrado las altas dotes que le distinguen de historiador y de crítico.

En la parte histórica tendré que seguirles, aunque emitiendo los juicios propios que los mismos datos sugieran; pero en la parte de crítica artística tendrá más novedad este modesto trabajo, como hecho en los mismos lugares, estudiados y examinados con minucioso detenimiento los trabajos de restauración que con tanto acierto está llevando á término el justamente reputado arquitecto D. Ricardo Velázquez.

Lo primero que el curioso investigador desea conocer, es el origen del que parece extraño nombre de *la Rábida*, que el edificio lleva; y acerca de esto, vamos á reproducir las palabras del P. Coll en la segunda edición de su libro «*Colón y La Rábida*», por referirse á las dos autoridades que reputamos más indiscutibles en materias de etimologías arábicas. «Hubimos de consultar sobre ello (dice el P. Coll), con nuestro hermano (de religión) el conocido arabista P. Fr. José Lerchundi, Prefecto apostólico de la Misión de Marruecos, quien á una con su maestro D. Francisco Javier Simonet, Catedrático de la Universidad de Granada, tuvo á bien contestar á nuestra primera pregunta sobre el histórico nombre de Almoravides, el cual á nuestro corto entender podía ser raíz de la voz *rábida* ó *rábita*, diciendo que Almoravides, en árabe al-morabitin, viene en efecto de la misma raíz que *rábita*, pero que esta última pertenece á la forma primitiva, y aquélla, es decir, al-morabitin, es el plural del participio activo de la tercera forma derivada.

«La locución *rábita*, según aquellos dos filólogos, ha sido muy usada por los moros españoles, y abunda en nuestra nomenclatura geográfica bajo las formas de *rábida*, *rábita* y *rápita* (San Carlos de la). La significación de cada uno de aquellos tres vocablos es la de *presidio* ó *fortaleza fronteriza*, defendida ó guarnecida por los morabitos. También significa *cuartel*, lo mismo que *mezquita* en *despoblado*, en cuyo sentido se halla en el Diccionario valenciano de Escrig la voz *rápita*, así como la de *rábita* en Luis de Mármol y en muchas escrituras existentes aún en Andalucía, sobre todo en Granada.»

«Y prosiguiendo su informe aquellos dos humanistas, nos dicen que Raimundo Martín bajo la dicción *rábita*, escribe *heremus*, *oratorium*, es á saber: oratorio en el

yermo: ermita; y Pedro de Alcalá traduce terminantemente, ermita. Así también la palabra *morabito*, de su primitiva significación de militar fronterizo, pasó á la de religioso musulmán y ermitaño, como le explica el referido Pedro de Alcalá.»

«Por manera que, según los citados Lerchundi y Simonet, cualquiera de estas tres dicciones, *rábida*, *rábita* y *rápita*, de origen árabe, atendida la acepción que comunmente le dan los sectarios de Mahoma, entre otras cosas significa: *fortaleza fronteriza* custodiada por los morabitos, ó *mezquita* en *despoblado* y aun *cuartel* en general; pero ninguna, preciso es reconocerlo así, ninguna se le adapta tan bien como la de ermita, con tan singular acierto usada por nuestro ilustrísimo Gonzaga en su magnífica obra «De origine seraphicæ Relig. Francis».

«Una vez puestos en consultar, en manera alguna podíamos prescindir de explorar la autorizada opinión de nuestro deudo D. Francisco Codera, miembro de número de la Real Academia de la Historia y Catedrático de árabe de la Universidad Central; el cual, entre otras explicaciones que nos dió sobre la voz *rábida*, avaloradas con algunos giros eminentemente científicos, que no son propios de este trabajo, nos dice que la palabra *rábida*, según los diccionarios corrientes, significa *escuadrón de caballería que está de guardia*; empleándose también para designar una ermita ó convento donde algunos piadosos musulmanes se dedicaban á la vida contemplativa.»

«Aparte de los diccionarios, cita también el Sr. Codera á *Aben Pascual* (pág. 388), cuyo autor habla de una *rábida* en Almería. En aquella agreste soledad parece que hacia profesión de vida devota un mahometano llamado *Aben Hafs Omar el Mohani*, que murió en dicha *rábida* en el mes de Xawal del año 409 (de 10 de Febrero de 1019 á 10 de Marzo). Añade el citado catedrático que en sus apuntes de autores árabes encuentran á *Aben Batuta*, quien durante su estancia en Granada hubo de pasar á la *Rábida Alokab*, poco distante de la ciudad, con objeto de visitar á los que allí se dedicaban á la vida eremítica, como se ve en el tomo IV, pág. 372 de la edición de la «Sociedad Asiática de París.»

»Y por último los célebres lexicógrafos Dozi y Engelmann en su obra *Glossaire des mots espagnols et portugais, derivés de l'arabe*, pág. 328, dice así: «*Rábita de rábita, qui signifie en general: un endroit où l'on vit retiré du monde et où l'on se livre à des oeuvres de devotion; un ermitage*. Sí, un eremitorio; quede así resuelto y definitivamente consignado: bajo este supuesto y sin engolfarnos ya en las etimologías que surgen de la sinonimia de palabras como *rábita rabal* y otras parecidas que no son de este lugar, concluiremos diciendo que la palabra *rábida*, absolutamente hablando, significa ermita.»

Á esta opinión de los sabios orientistas, citados por el P. Coll, debe agregarse también el parecer del ya mencionado D. Rodrigo Amador de los Ríos que igualmente cree se deriva el actual nombre de *rábida* de la palabra árabe *rábitha*, ermita ó siquier convento fuera de poblado, donde retirados del mundo y entregados de lleno á las obras de devoción vivieran algunos hombres religiosos.

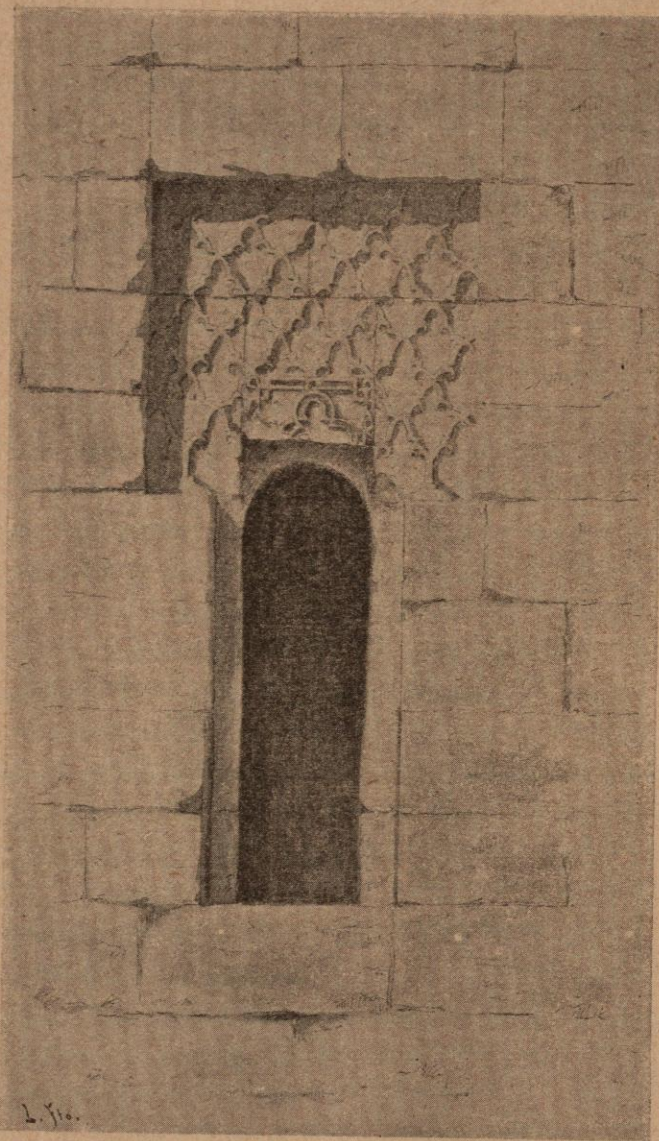
La etimología, pues, del nombre que actualmente lleva aquel edificio de impere-

cedero recuerdo, está plenamente justificada y viene á robustecerla la costumbre todavía existente en los países donde impera la religión musulímica, de levantar estos santuarios á manera de ermitas en las afueras de las poblaciones, y en parajes, donde puedan ser útiles á los peregrinos ó viajeros, notándose siempre que se esta-

blecen ó edifican en sitios donde se encuentran manantiales de agua, tan codiciada é indispensable en aquellas abrasadas regiones.

Son estos unos edificios generalmente de forma rectangular cerrados por cúpulas, cuya curva superficie destacándose á los ojos del viajero sobre la tendida línea del horizonte, le indican tener cerca paraje de reposo donde apagar su sed abrasadora y donde encontrar descanso y amparo. Esta clase de edificios llamados *marabuts* (en cuyo nombre quitando la sílaba *ma* queda *rabut* palabra que no puede ser más análoga á la de *rabida* ó *rabita*) abundan como ya indicamos en todo Oriente, y de alguno de ellos, no lejos de Jaffa, conserva imperecedero recuerdo el que esto escribe por haberle debido, quizá la vida, al socorro de agua que le dió en horrible tarde canicular el morabito que la vivía.

Suelen también servir esta especie de eremitorios musulmanes para enterramientos de imanes ó



Ventana árabe descubierta por Velázquez en la Rábida.

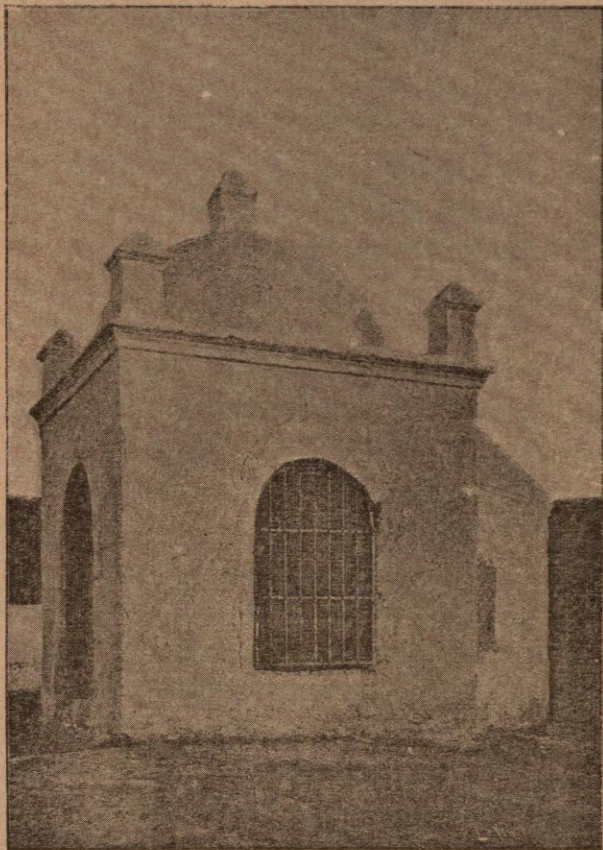
de santones muertos en olor de santidad, lo que da todavía mayor importancia á semejantes lugares que se convierten en verdaderas casas de adoración.

Dominada por los árabes la antigua Bética, natural era que se levantasen aquí y allá edificios religiosos de esta clase, y que se prefriese para ellos la cercanía á las costas sirviendo así á la vez de casas de devoción y de atalaya.

El examen artístico arqueológico de la iglesia de La Rábida y de otros edificios de aquella comarca vienen á justificar esta teoría. Á la derecha de la iglesia del

convento de franciscanos, cuyo estudio nos ocupa, se ve claramente la construcción árabe del antiguo marabut que allí existiera, y cuyo origen arábigo viene á justificar por la parte exterior elegante ventana recientemente descubierta por la inteligente iniciativa del Sr. Velázquez, ventana en cuyas labores se ve claramente reflejarse la antigua época que en la historia del arte árabe-español se conoce con el nombre del *Califato*.

En el cercano pueblo de Palos, y en su célebre iglesia, también inmortalizada por



Humilladero de Nuestra Señora de la Cinta.

Colón, se encuentra á la izquierda una capilla que no hace juego con los otros departamentos del Templo, como tampoco lo hace el marabut de La Rábida, cuya capilla conserva la antigua bóveda que sostenía la cúpula, con sus arranques ó pechinas árabes, puesto que lo mismo que la anterior, su planta es cuadrada y la bóveda por lo tanto tenía que apoyarse en pechinas.

También hemos querido reconocer los restos de otro marabut en la iglesia del convento de Santa Clara de Moguer, en una especie de capilla abandonada que sirve hoy para conservar trastos viejos del culto, y no otrã hubo de ser, en nuestro juicio, el humilladero de la Virgen de la Cinta, tan venerada por los onubenses, que

se halla á poco más de un kilómetro de la capital, en la carretera que va de ésta á Sanlúcar de Guadiana.

Que en el mismo paraje donde hoy se eleva el convento, ó cerca de él hubiese en tiempos muy remotos algún templo hasta de origen fenicio, cosa es que parece averiguada por el testimonio de Festo Rufo Avieno, el cual aseguraba que allí existía «*el rico templo consagrado á la Diosa Proserpina donde había una concavidad ciega y escondida.*»

*Iugum inde rursus, et sacrum infernae Deae,  
Diverque fanum penetrat abstrusi cavi,  
Aditumque caecum,*

texto que el citado Rodrigo Caro, traduce de esta suerte:

Levántase de allí un alto collado  
del infierno á la diosa consagrado:  
y es rico templo una escondida cueva  
cuyo ciego lumbrar no hay quien se atreva  
á penetrar.

Pero de este aislado y exiguo dato á consignar todas aquellas fantásticas leyendas de doncellas inmoladas á la tenebrosa divinidad, leyenda repetida en muchos pueblos antiguos de la Etruria; á suponer que á poco de haberse iniciado el culto á Proserpina, cayeron sobre aquellas regiones tales calamidades, sobre todo la terrible enfermedad de la rabia, por lo que la llamaron desde entonces *Diosa de la rabia*; á afirmar que en el siglo III de Jesucristo se edificó allí un templo cristiano por cierto marino llamado Constantino Daniel, hay tanta distancia como de lo verdadero á lo fabuloso, estando todas estas narraciones desprovistas de fundamento para que pueda admitirlas la moderna crítica, que no admite hecho sino lleva aparejada probanza.

Lo más probable es que como afirma Rodrigo Caro, que rendido el régulo del Algarbe en Niebla á las triunfadoras armas de Alonso *el Sabio*, incorporados sus dominios en ambas riberas del Guadiana á la corona de Castilla, la ermita musulmana, marabut, ó morabito, rábida ó rábita, se convirtió en convento de solitarios de San Francisco, purificando de esta suerte aquel lugar destinado á ritos mahometanos. El célebre autor de la canción á las ruinas de Itálica, llega hasta asegurar que aquel convento se edificó viviendo el santo fundador, por lo cual dice fué tenido por el más antiguo de España <sup>1</sup>. Esta opinión del célebre poeta y arqueólogo encuentra confirmación en el notable presbiterio de la iglesia, devuelto á su primitiva pureza bajo la inteligente dirección del Sr. Velázquez, pues su forma, sus arcos, sus labores, todo acusa con la incontrovertible lógica de los monumentos que fué edificado en el siglo XIII, perteneciendo por lo tanto al estilo románico de transición hacia el ojival, ofreciendo en algunos detalles no pocos datos dignos de estudio para la historia de tal estilo de aquellas regiones. Lo demás ya no pertenece á tan remota época. El

<sup>1</sup> *Chorographia*, folio 207 vuelto.

convento y la iglesia de La Rábida han sufrido muchas transformaciones, en posteriores siglos, y gracias á que se conserva el presbiterio como elocuente enseñanza para la crítica.

No falta quien suponga que por aquella época los caballeros del Temple se apoderaron de La Rábida, si bien permaneciendo allí muy poco tiempo; pero tal aseveración no tiene en su apoyo ni dato histórico ni resto monumental, pues nosotros que hemos tenido ocasión de observar restos de conventos é iglesias de templarios, no hemos encontrado en La Rábida, ni la menor indicación de lo que en otros parajes caracteriza los edificios religiosos de los caballeros del Temple. Lo seguro en nuestro juicio, es que establecidos los franciscanos desde el siglo XIII en aquel religioso retiro, no le abandonaron hasta la extinción de los regulares, verificada en el año 1835.

En tan largo período de tiempo los franciscanos fueron haciendo las obras que creían necesarias para su establecimiento; y así es que se encuentran desde el referido presbiterio del siglo XIII hasta obras del pasado y principios del presente. No se siguió en esto orden determinado, sino que se iban agregando departamentos allí donde se creían necesarios, llamando entre ellos poderosamente la atención el claustro interior de estilo mudéjar, así en sus arcos, como en el original zócalo que lo circunda, cuyas pinturas estaban completamente cubiertas con espesa capa de cal, lo mismo que los arcos y columnas hechas de ladrillo agramilado. El Sr. Velázquez, con la competencia y perseverancia que le distingue, y con el verdadero amor que profesa al culto artístico, ha ido descubriendo unas y otras, y el claustro del siglo XV por donde más de una vez pasaría Colón á la celda del P. Marchena, puede hoy apreciarse de la misma manera que en aquel tiempo estaba. Del mismo modo ha descubierto arcos mudéjares tapiados con desdichado acuerdo, ha puesto á la luz del día estrecha escalera por donde se subía á las celdas altas entre las que estaba la del célebre P. Pérez y donde tuvieron lugar las célebres reuniones que dieron por resultado el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Alguna de ellas, la que conduce directamente á la celda del Guardián conserva no sólo restos de pintura, sino hasta cierta especie de patina veneranda producida por el roce de los frailes y entre ellos del gran navegante.

Respecto de la celda llamada vulgarmente del P. Marchena, hay que rectificar un error legendario. Se ha venido enseñando como tal, una habitación amplia, aunque baja de techo como lo es todo el edificio, cubierta con artesonado de *alfarje*, aunque no de antiguas épocas, sino labrado siguiendo la tradición mudéjar que nos viene del siglo XVII. Aquella habitación, cuya techumbre se ve interrumpida por edificaciones posteriores, no hubo de ser otra cosa más que la especie de Sala capitular, como lo demuestra su extensión y la riqueza de su techumbre; creencia que se confirma con la noticia facilitada por ancianos que alcanzaron los últimos tiempos de los franciscanos en aquella casa, los cuales han dicho siempre que aquel recinto era la Sala capitular.

Otra celda hay con la misma severidad y la misma desnudez que todas las demás

pero de doble extensión y con dos ventanas, cuando todas las demás sólo tienen una. Aquella celda tiene escalera especial para subir á ella desde el claustro, y siendo la única que goza de más amplitud y de mejores luces que sus compañeras, parece ser la que debió habitar el célebre Guardián, pues sabido es que los franciscanos en sus modestos retiros apenas diferenciaban las celdas de su jefe de la del último de los conventuales. Acertado está en nuestro juicio el Sr. Velázquez al fijar como probable que aquella fuese la celda del célebre Fr. Pérez, en lugar del lujoso



La Virgen de los Milagros.

apostento (*lujoso por la techumbre*), que hasta ahora se ha venido teniendo como la celda del inteligente Guardián.

Antes de terminar este artículo hemos de decir algunas palabras acerca de varias imágenes, que allí existían en la época de Colón, y ante las cuales más de una vez elevaría sus plegarias al cielo por el triunfo de su gigantesco pensamiento. Es la primera la llamada Virgen de los Milagros, que hoy se conserva en la iglesia de Palos, efigie acerca de la cual se cuentan maravillosas tradiciones, muy comunes en las que se veneran en iglesias ó templos cercanos al mar, de haber sido extraída por medio de una red á consecuencia de haberla echado á las ondas aleve mano enemiga de la religión de Cristo. Esta imagen, de la que podrán juzgar nuestros lectores



por el adjunto grabado, no pasa de ser una efigie del siglo xiv al xv, cuyo niño Jesús fué adicionado desde medio cuerpo arriba en época posterior.

De mayores dimensiones es un crucifijo que se conserva todavía donde estuvo antiguamente sobre el altar mayor del presbiterio, y cuyas severas líneas acusan el siglo xv en que debió ser esculpido.

Restos de algunas pinturas murales consérvanse también en alguna capilla de la iglesia que es lástima no pueda restaurarse por completo, en atención á los escasos fragmentos que de ellas quedan; pero así y todo, son del mayor interés para la historia artística de aquella casa.

La restauración tan hábilmente emprendida y continuada por el Sr. Velázquez toca á su término, y va á ponerle digno remate sustituyendo á la heterogénea bóveda corrida de la iglesia, un techo de *alfarge*, tan característico de la iglesias mudéjares en Andalucía, y principalmente en aquella región, donde hay admirables ejemplos que imitar de esta clase de techumbres, entre otros parajes en Moguer y en Niebla.

También ha sido objeto de la investigación del inspirado artista y sabio arqueólogo la cruz que hoy se levanta delante del convento, y en cuyas gradas se dice descansó de su penosa marcha el hombre, que llevando un mundo en su cerebro, tenía que pedir pan y agua para su hijo desfallecido á las puertas de un convento. No, aquella no es la antigua cruz que precedía al templo. Se sabe hasta la moderna época en que se construyó, si ya no lo revelase su estructura. Mas lejos, á algunos pasos de la Santa casa, en lo intrincado del monte, por donde difícilmente se abría camino el futuro Almirante de la Indias, se ha encontrado el basamento de la antigua cruz, y el redondo fuste que lo sostenía, habiendo sido infructuosas por desgracia, las investigaciones practicadas para encontrar la cruz de hierro que llevó encima. ¡Con qué religioso respeto hemos visto á los viajeros acercarse á aquel truncado monumento á recoger un pequeño resto de argamasa ó de piedra de los caídos al rededor, y conservarlos como reliquia!

Cuando dentro de muy poco estén aquellas obras terminadas, cuando el colosal monumento que se levanta dominando el Océano esté concluído, aquellas alturas donde en un tiempo repitieron sus pesadas canturias los morabitos, y más tarde los sublimes versículos del Evangelio los PP. franciscanos, serán una verdadera Jerusalén de la Humanidad.

La Rábida, Agosto de 1892.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO